LOS FUEGOS FATUOS DE LA POLÍTICA EXTERIOR 'ACTIVA'

*Carlos Arriola**

En *El pasado inmediato*, texto escrito en 1939 por Alfonso Reyes para conmemorar el Congreso Nacional de Estudiantes, celebrado en 1910, señala: “La historia que acaba de pasar es siempre la menos apreciada. Las nuevas generaciones se desenvuelven en pugna contra ella y tienden, por economía mental, a compendiarla en un solo emblema para de una vez liquidarla. ¡El pasado inmediato! ¿Hay nada más impopular? Es, en cierto modo, el enemigo. La diferencia específica es siempre adversaria acérrima del género próximo. Procede de él, luego lo que anhela es arrancársele.”

No otra cosa es lo que intentó el presidente Fox y buena parte del nuevo equipo en el Poder Ejecutivo, animados por un maniqueísmo

simple y envalentonados por su cabal desconocimiento de las complejidades de la vida política. En el ámbito interno, la tolerancia y la comprensión hacia los tropiezos del primer gobierno no priísta fueron relativamente generosas; en el mundo internacional, los despropósitos, las promesas insostenibles y las conductas insólitas en un Jefe de Estado erosionaron rápidamente la credibilidad en el nuevo gobierno y en la seriedad del Presidente. Los desatinos foxistas se vieron agravados por la petulancia y los malos modales de su Secretario de Relaciones, Jorge G. Castañeda.¹

¹ A éste se le atribuyen grandes dotes intelectuales y políticas, cuando las más de las veces se ha equivocado en sus opciones políticas y ha carecido del talento para salir de ellas con elegancia, o al menos con discreción.

* Director de la Revista *Línea*.

La política del joven Castañeda fue la antítesis de la seguida por su padre, prestigiadísimo diplomático de carrera y Secretario de Relaciones Exteriores, a pesar de haber colaborado con su progenitor.² Castañeda padre, poco antes de asumir su cargo, en el gobierno del presidente López Portillo, escribió: “Nadie piensa ya seriamente, en México, por lo menos así lo creo y espero, que exista o pueda existir una ‘relación especial’ entre los Estados Unidos y México” como supusieron algunos que consideraban que “la actitud personal o amistosa, podría ser un factor decisivo para obtener una reacción especial, es decir, más favorable a algún planteamiento o petición de México”.

Más aún, Castañeda padre, con un gran conocimiento de las fuerzas que actúan en la vida internacional, escribió las siguientes líneas que todo diplomático mexicano debería repetir cada día: “Descuento del todo y no doy ningún crédito a una buena voluntad, simpatía o consideraciones morales por parte de los Estados Unidos, intempestivamente descubiertas o redescubiertas que pudieran cam-

biar su actitud básica hacia México. Su historia pasada frente a nosotros, su prepotencia y egoísmo actuales, y el momento acentuadamente conservador que hoy (1978) vive la sociedad norteamericana, simplemente no tolerarían este cambio. Las grandes potencias actúan como lo que son, grandes potencias.” Esta percepción sombría pero realista no le impide a Castañeda considerar que México cuenta con buenos elementos de negociación que podrían asegurar “una *interdependencia* genuina, una relación sana y mutuamente ventajosa”.³

Dos décadas después, cuando Jorge Castañeda hijo es asesor para asuntos internacionales del candidato Vicente Fox y con posterioridad Secretario de Relaciones Exteriores, habían ocurrido grandes cambios en el mundo internacional. El mayor fue, sin duda, la caída de la Unión Soviética y la consolidación de la hegemonía de Estados Unidos, que trajo aparejada la internacionalización de la economía con pautas y criterios estadounidenses. En el

² En ese período el joven Castañeda promovió la declaración franco-mexicana sobre El Salvador, ya que se considera un ‘intelectual de izquierda’, autodefinición a la que regresa cuando le conviene. *V. infra* nota 18.

³ Jorge Castañeda de la Rosa, “En busca de una posición frente a Estados Unidos”, ponencia presentada en el simposio *Mexico Today*, celebrado en Washington, en noviembre de 1978, e incluida en *Visión del México contemporáneo*, 1979, México, El Colegio de México, edición coordinada por Roque González Salazar.

ámbito de las relaciones de México con el exterior, la mudanza de mayor envergadura fue la apertura comercial con el ingreso al GATT (Acuerdo General de Aranceles y Comercio) y la firma de acuerdos comerciales con varios países y regiones, principalmente con Canadá y Estados Unidos. Como es sabido, el joven Castañeda fue uno de los mayores opositores a la firma del Tratado con América del Norte, a pesar de que esta política buscaba “una genuina interdependencia, una relación sana y mutuamente ventajosa”, dadas las nuevas circunstancias internacionales.

En el ámbito interno, los resultados electorales de las últimas décadas del siglo XX fueron consolidando la alternancia de partidos en el poder, proceso que culminó en las elecciones en que el PRI perdió la Presidencia de la República pero conservó la mayoría relativa en el Poder Legislativo y la mayor parte de las gubernaturas de los estados y las presidencias municipales. Esta circunstancia fue ignorada por el nuevo Presidente y su equipo que compartían la tesis de muchos ‘científicos’ sociales que predecían que ‘el partido de Estado’ se derrumbaría al perder la Presidencia.

Para cualquier gobierno, en el año 2000 la principal tarea era promover la competitividad de las empresas, de las regiones más atrasadas y, en

general, del país, ya que las ‘adecuaciones’ a la globalización, al menos las principales, ya se habían realizado. El complemento racional a esta tarea era atraer nuevas inversiones e impulsar las exportaciones, sin mezclarse en los asuntos políticos de las grandes potencias. En lugar de ello, el gobierno del ‘cambio’ se embarcó en una desmesurada política exterior que nunca tomó en cuenta los recursos del país y mucho menos los intereses de otras naciones.

Para Fox su ‘hazaña democrática’ era de tal magnitud que nadie osaría, en el ámbito interno, oponerse a sus propósitos de campaña, y en el mundo internacional recibiría un reconocimiento que lo haría acreedor de un ‘bono democrático’, algo semejante a un premio escolar por buena conducta, que esperaba recibir de los Estados Unidos en particular. Este desvarío (es difícil llamarlo de otra forma) se manifestó en una entrevista concedida un mes después de las elecciones, en la que declaró que gracias a la legitimidad que alcanzó el 2 de julio, México podía ‘hablar de tú a tú’ con Estados Unidos, tanto “en materia democrática como política y económica”.⁴

El joven Castañeda fue el peor asesor y secretario de Relaciones que

⁴ Véase *El Universal*, 7 de agosto del 2000.

pudo haber escogido Fox, ya que albergaba sueños de grandeza, alimentados por sus relaciones personales, adquiridas en el mundillo académico e intelectual, con las que impresionó a un presidente desconocedor del escenario político internacional. Además, Castañeda Jr. no tomó en cuenta las recomendaciones de su padre: no confiar en las amistades personales (el amigo Bush) y no olvidar las relaciones de poder, en particular, la actitud de las grandes potencias. Se sumaron, así, la ignorancia y el delirio de grandeza con el rechazo maniqueo al pasado inmediato, lo cual sólo podía conducir al fracaso, como quedó de manifiesto desde los primeros viajes realizados por el entonces Presidente electo a Sudamérica, Estados Unidos y Europa.

152 Pareciera que el Presidente nunca recuerda o no concede importancia a lo dicho o escrito con anterioridad, y quizá supone que los políticos, diplomáticos, periodistas o simplemente las personas interesadas en el tema tampoco lo hacen. Jamás se ha preocupado por la congruencia, tal vez porque su actividad laboral anterior lo condicionó a decir a cada interlocutor lo que desea escuchar (el cliente siempre tiene la razón), actitud que manifestó en su campaña electoral. Así, a pesar de que el tema fundamental de su proyecto político era buscar alguna forma de

integración con Estados Unidos, ‘cediendo soberanía inteligentemente’,⁵ antes de viajar a Sudamérica dijo lo contrario: “parte muy importante del mensaje que llevamos es que no se nos vea como parte de Norteamérica y ajenos a Sudamérica, sino al revés”.⁶ Naturalmente, los jefes de Estado de los países visitados, políticos experimentados y hombres inteligentes, como Ricardo Lagos y Fernando Henrique Cardoso, conocedores de la vida política mexicana, no creyeron una palabra del Presidente electo, quien no logró, a pesar de haber insistido expresamente y sin ningún tacto, ser invitado a la reunión de presidentes de América del Sur, convocada por Brasil.⁷

⁵ *Idem*. Como ha ocurrido desde entonces, las reacciones a los desvaríos presidenciales son minimizadas. El PRI exigió aclaraciones de Fox (*La Jornada*, 10 de agosto de 2000), pero el asunto no volvió a mencionarse.

⁶ Véase *El Universal*, 7 de agosto del 2000.

⁷ Véase *El Universal*, 10 de agosto del 2000. El prestigiado periodista Raymundo Riva Palacio reseñó el viaje y escribió que los comentarios en Argentina, Brasil y Chile se podían resumir en una pregunta ‘¿A quién eligieron los mexicanos?’ También cita que en Brasilia a Fox se le consideró ‘el caballo de Troya de Estados Unidos’. El título del artículo es, por lo demás, significativo ‘La lengua de Fox’. Véase el semanario *Milenio* del 21 de agosto del 2000. Fox digirió mal el rechazo, y ya como presidente constitucional declaró al diario brasileño *O Globo*

Después, vino el viaje a Canadá y Estados Unidos que había sido ‘preparado’ por el propio Castañeda y Adolfo Aguilar Zinser. El fracaso fue total en los dos países, los cuales rechazaron la propuesta foxista de integración, vía un mercado común. El Primer Ministro canadiense, además, hizo una elegante crítica al descuido por las formas del Presidente electo, ante ‘la risa de los reporteros y la sorpresa de Fox’.⁸ En Estados Unidos, tanto el gobierno de Clinton como los candidatos de los dos partidos a la elección presidencial de noviembre del 2000, y otros líderes políticos rechazaron el proyecto de modificar el Tratado de Libre Comercio (TLC).⁹ A pesar del fracaso, Fox insistió en que el viaje fue un éxito: “yo sé bien que se trata de un juego a nueve entradas, pero la primera ya la ganamos: ya pusimos las reglas del juego (¡), ya externamos qué es lo que debemos discutir y ya estamos en el juego, es un juego de tú a tú, ya no de sumisión”, y, para que no queda-

ran dudas, añadió: “Me sorprenden aquellos que dicen que Fox es cándido, que Fox está proponiendo ideas; pienso que es exactamente al revés, es el momento preciso de presentar ideas, porque es el momento en que les podemos comprometer a hacer mucho más por México.”¹⁰

El autoengaño en Fox ha sido una constante que, además, ha sido alimentada por sus colaboradores. Castañeda más tardó en llegar a México que en publicar un artículo en *Reforma*¹¹ argumentando que el viaje fue un ‘éxito’, ya que Fox ‘logró imponer la agenda de discusión’ y ‘dominó el escenario mediático’. Con un tacto envidiable, culpó del ‘escepticismo ante el manejo de la gira’ a los periodistas mexicanos por no leer inglés o quienes por flojera no hacen su trabajo. Castañeda se esforzaba en ese entonces por adular al presidente electo a fin de que lo designara Secretario de Relaciones, tal y como ocurrió, pero no hacía falta leer la prensa estadounidense para enterarse del rechazo a la propuesta foxista.

En México, el embajador Jeffrey Davidow claramente lo expresó antes y después del fallido viaje y, además, ni tardo ni perezoso, aprovechó las declaraciones de Fox acerca de la

que México “era la envidia del mundo, incluyendo a Brasil y Argentina”, citado en *El Universal*, 30 de enero de 2001.

⁸ Véase *La Jornada*, 23 de agosto del 2000.

⁹ Véanse *El Financiero* del 17 y del 25, *La Jornada* del 18 y del 23, *El Universal* del 24 y *El Economista* del 25, todos del mes de agosto del 2000, informaron del viaje, al igual que el resto de la prensa que mereció los reproches de Castañeda, v. *infra*.

¹⁰ Véase *Reforma*, 28 de agosto del 2000.

¹¹ *Idem*.

posibilidad de modificar el principio de no intervención¹² para cuestionar dicho principio y señalarlo como una rémora a la creación de condiciones favorables a una mayor integración en América del Norte.¹³ Tanto en el viaje a Canadá y Estados Unidos como en el realizado a Europa días después, el Presidente electo se

¹² Véase *La Jornada*, 5 de agosto del 2000.

¹³ Véanse *Reforma*, 15 de agosto del 2000 y *La Jornada*, 28 de septiembre del 2000. En el mismo sentido se expresó el ex embajador en México John D. Negroponte, en un foro convocado por la Universidad Iberoamericana. Véase *El Economista*, 12 y 15 de septiembre del 2000. También hay que ver los artículos del entonces embajador Jeffrey Davidow, por ejemplo el publicado una semana antes del ataque del 11 de septiembre, en el que escribió: “Un cambio de política de esta magnitud (en materia de migración) requerirá un largo proceso para lograr un consenso político en cada una de nuestras naciones y se enfrentará a varios objetivos que compiten entre sí.” *El Universal*, 3 de septiembre del 2001. Tres años después, Davidow ratificó: “Hoy en día todos consideran que la esperanza engendrada por la reunión de Guanajuato (Bush-Fox) fue eliminada por los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001. El hecho, sin embargo, es que las conversaciones –los mexicanos preferían el término negociaciones– no registraron ningún avance real durante la primavera del 2001. Se habían topado con el muro de ladrillo creado por las preocupaciones políticas domésticas de Estados Unidos y por las diferencias al interior de la administración mucho antes de la tragedia de septiembre.” *El Universal* 20 de diciembre del 2004. Subrayados añadidos.

comprometió a lograr las reformas constitucionales necesarias para abrir ‘de par en par’ las puertas de la petroquímica secundaria y de la generación de electricidad al capital extranjero.¹⁴

Después de tomar posesión como Presidente Constitucional, en la primera reunión oficial con los embajadores mexicanos, celebrada en Palacio Nacional el 5 de enero del 2001, Fox expuso las bases de la nueva política y los lineamientos que deberían seguir los diplomáticos del país:

- 1) La política exterior de México la establecen todos los mexicanos, no el Presidente ni el Secretario de Relaciones.
- 2) Hay (diplomáticos mexicanos) quienes prefieren ‘agazaparse’ y seguir con la anterior política. Hoy se optará por una nueva relación con el mundo, más ‘activa’ y por ello: “Tenemos que salir al mundo, a participar en todo lo que sucede, así nos guste o no, *así sea favorable o no nos sea favorable*. Tenemos que ser un actor claro en la participación en el mundo externo.”
- 3) La apertura de las fronteras mexicanas “al libre tránsito de personas e ideas políticas de cualquier índole” será sin limita-

¹⁴ Véanse *El Economista*, 24 de agosto del 2000 y 5 de octubre del 2000, así como *Milenio*, 3 de octubre del 2000.

ciones, ya que “no tenemos nada de que avergonzarnos ni tenemos nada que limitar en materia de ideas”. (*sic*)

- 4) La globalización requiere de cambios sustanciales con una política exterior más activa y dinámica que implica “evolucionar en el concepto de soberanía que hasta el momento rige en el país”.¹⁵

Castañeda, a su vez, anunció que el Presidente podría considerar el participar en las operaciones de mantenimiento de la paz en el mundo, auspiciadas por Naciones Unidas, y reiteró la aspiración a ocupar un sitio en el Consejo de Seguridad de la ONU, al tiempo que criticó ‘la inercia’ de los gobiernos anteriores.¹⁶ El desplante de Castañeda no fue del agrado de las Fuerzas Armadas, ya que con discreción el Secretario de Marina se opuso, argumentando las carencias para el envío de tropas.¹⁷

Un viraje semejante en materia de política exterior, en particular la integración con Estados Unidos, re-

quería de una amplia explicación que lo justificara, pero nunca hubo tal ni en ésta ni en otras materias; los cinco años de gobierno del ‘cambio’ han transcurrido sin búsqueda de consensos y sin ninguna preocupación por legitimar las nuevas políticas. Esta conducta no sorprende en el presidente Fox ni en la mayoría de su equipo, ya que salidos del mundo empresarial ni siquiera se plantean los problemas de legitimación o búsqueda de apoyos. Extraña, sí, en un *soi-dissant* ‘intelectual de izquierda’, como se autodefinía Castañeda.¹⁸ Más aún, éste no se diferenció de sus compañeros de gabinete que abordaban temas sustanciales con ligereza

les garantizó que ‘la soberanía está a salvo’ y que México no participaría en las operaciones militares del Comando Norte, como lo habían anunciado en Estados Unidos, con la anuencia del Presidente. El Secretario de Gobernación, Santiago Creel, minimizó el hecho, reduciéndolo a un “intercambio de información y revisión en las fronteras para evitar la internación de algún grupo que constituyera una amenaza para México o Estados Unidos”. Véase *Crónica*, 19 de abril del 2002, p. 4, 5 y 6.

¹⁸ Véase entrevista con Alejandro Toledo en *Macrópolis*, 15 de noviembre de 1993. En esta misma ocasión, decía –con frivolidad– que se diferenciaba de los ‘intelectuales de derecha’ que sólo quieren “el mercado, la empresa privada, la utilidad, la rentabilidad, que todos los problemas se arreglen sin la injerencia de mecanismos exteriores al mercado. Yo no”. Y añadió: “uno no se define por las modas. Yo siempre he sido eso –intelec-

¹⁵ Véase *Crónica*, 6 de enero del 2001.

¹⁶ Véanse *La Jornada* y *El Economista*, 4 de enero del 2001.

¹⁷ En opinión de un estudioso del tema, no hay consenso en el Ejército acerca del papel que el Presidente les está ‘asignando’. Véase *La Jornada*, 7 y 10 de enero del 2001. En febrero del 2002, el Secretario de la Defensa, General Clemente Vega, se reunió con diputados de todos los partidos y

y locuacidad, sin preocuparse por la congruencia.

Así, por ejemplo, en el capítulo de política exterior del Plan Nacional de Desarrollo, presentado el 29 de mayo del 2001 o en el Acuerdo Político para el Desarrollo Nacional, del 7 de octubre del mismo año, no se planteó la posibilidad de ‘integrarnos’ a Estados Unidos, ‘cediendo soberanía inteligentemente’, como se había sostenido, ni tampoco de presentar al Congreso una ‘adecuación’ de los principios constitucionales que rigen la política exterior, sino que se reafirmaron estos principios. En el citado Plan también se reiteró la prioridad de nuestra relación con América Latina y el Caribe por razones de “identidad cultural, raíces históricas comunes y aspiraciones compartidas de desarrollo e integración” (lugares comunes), y dos más que muestran ignorancia: por ‘proximidad geográfica’ y ‘complementariedad económica’.

En el 2002, se volvió a insistir en la creación de una Comunidad

tual de izquierda— y quiero seguir siéndolo. *Cuando me canse, me aburra, cambiaré de etiqueta.* Por lo pronto no me he cansado, no me he aburrido y sigo creyendo en lo que creo. Sin duda también puedo permitirme ese lujo: me gano muy bien la vida como intelectual de izquierda. Quizá eso tenga que ver con la posibilidad de seguirme llamando así”. Más que cinismo, Castañeda demuestra que no es tan inteligente como él supone.

de América del Norte, como declaró Castañeda en una larga entrevista, concedida a Ignacio Rodríguez Reyna de *El Universal*, 7 de marzo del 2002, y tres meses después, el inconstante Secretario de Relaciones escribió, en el mismo diario, que ante la ‘concentración’ de nuestras relaciones con Estados Unidos había que “perseverar en los esfuerzos de diversificación económica”.¹⁹

La confusión mental, por un lado, y el reiterado rechazo de los Estados Unidos al proyecto de Mercado Común por el otro, generaba esta verborrea de Castañeda que desembocó en otro despropósito: “El punto central es la posibilidad de que la política exterior mexicana permita anclar el cambio democrático en nuestro país.”²⁰ Esta tesis la volvió a plantear en el balance que hizo de las acciones realizadas a dos años del 2 de julio del 2000, para ocultar el fracaso de su política ‘activa’, en particular el acercamiento con los Estados Unidos.²¹

La otra cara de la nueva política fue el distanciamiento con Cuba. Con el celo propio de los conversos y con la ingenuidad de los aficionados, Castañeda hizo cuanto pudo para

¹⁹ Véase *El Universal*, 30 de junio del 2002.

²⁰ *Idem.*

²¹ El texto del artículo de Castañeda se publicó en *Reforma*, 12 de julio del 2002.

provocar que el presidente Castro rompiera relaciones con México, pero el experimentado político cubano no cayó en el garlito y esperó con paciencia el momento oportuno para responder. Después de la primera ‘Cumbre’ de Monterrey, Castañeda le ofreció la oportunidad en bandeja de plata y Castro lo exhibió como mentiroso y desleal, poniendo al propio presidente Fox en una situación lamentable con la difusión de la conversación sostenida que incluyó el ‘comes y te vas’.

La renuncia de Castañeda era obligada, al menos para salvar en algo la figura presidencial, pero ésta tuvo lugar hasta el mes de enero del 2003, casi 10 meses después del incidente con Cuba, y con un formato inédito, humillante para el Presidente: Castañeda se dio el lujo de leer su texto de renuncia ante Fox y su sucesor Luis Ernesto Derbez, y aunque lamentó no haber alcanzado el acuerdo migratorio, cuando según el embajador Davidow ni negociaciones había (véase nota 14), afirmó sin ningún pudor: “Buena parte de lo que nos propusimos hacer se ha cumplido.” Para excusar su ineficacia, Castañeda reiteró que la política no es su oficio y criticó a los que se dedican a ella en forma profesional, lo que no obstó para que poco después anunciara su intención de competir por la presidencia de la

República, como si este cargo fuera decorativo y nada tuviera que ver con la política.²²

Castañeda tuvo un digno sucesor en Luis Ernesto Derbez, ya que siguió las mismas pautas: comediamento, cuando no servilismo ante los Estados Unidos, distanciamiento con Cuba, falta de cortesía y de respeto a otros países, todo ello aunado al desconocimiento de la política internacional. No fue de extrañar, por consiguiente, que al ridículo se sumaran los efectos contraproducentes de una política exterior ‘activa’ cuando no se cuenta con los medios para llevarla a cabo.

En marzo del 2003 se planteó el problema de Irak en el Consejo de Seguridad que puso en entredicho la intención de México de votar en contra. Las presiones de Estados Unidos fueron de tal magnitud que el presidente Fox se refugió en un hospital y dejó la decisión en manos de Derbez. El enojo del gobierno de Bush fue hecho público y el distanciamiento echó por tierra cualquier posibilidad de negociar alguno de los proyectos foxistas. En mayo del 2003, Derbez viajó a Washington para intentar recomponer la relación pero recibió una gélida acogida. Después de entrevistarse con el

²² Esta actitud parece responder a la ignorancia y la vanidad más que a un cinismo calculado.

Secretario de Estado Colin Powell declaró que el acuerdo migratorio ya no era una prioridad, sino la lucha contra el terrorismo.²³ Powell también abordó el tema, pero en forma comedida, y señaló que el acuerdo (migratorio) tomaría más tiempo y costaría más esfuerzo. En cambio, el Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara de Diputados de Estados Unidos aprobó una resolución en la que condicionó la firma de un posible acuerdo migratorio a la apertura de Pemex a inversiones de empresas petroleras de Estados Unidos.²⁴

Las desventuras del ‘activismo’ mexicano en la ONU no habían terminado para el presidente Fox, quien recibió otro revés con la publicación de una carta de Adolfo Aguilar Zinser, ex representante de México ante Naciones Unidas, en la que además de dirigirse de tú al Presidente, comenzó con un ‘Te equivocas Vicente’. En el texto le indica que su actuación en la ONU (su oposición a la invasión de Irak) molestó a ‘algunos’ miembros del gobierno de Estados Unidos que así ‘te’ lo hicieron saber, al igual que a Derbez, y tú “para defenderte de quienes te acusan de haberme cesado por dictados de Colin Powell” te sumaste a

la campaña de descalificaciones en mi contra.²⁵

En enero de 2004 se llevó a cabo otra reunión de presidentes de América en Monterrey a la que obviamente no asistió Fidel Castro. En dicha reunión, Fox defendió la propuesta estadounidense de apoyo al acuerdo de Libre Comercio de las Américas (ALCA) a la que Brasil se oponía, y aunque a la postre cedió, Fox tuvo que defenderse, en conferencia de prensa, de ser el ‘lacayo’ de los Estados Unidos, aunque reconoció que su relación con Bush es tan ‘estrecha’ que en ocasiones ‘hace algunas gestiones a través nuestro’.²⁶

Después vino el voto de condena a Cuba en la Comisión Internacional de Derechos Humanos en Ginebra, el discurso del presidente Castro del 1º de mayo (“México hizo cenizas su prestigio e influencia de América

²⁵ El texto de la renuncia se publicó en *Reforma*, 21 de noviembre del 2003, y la ‘campaña de descalificaciones’ se originó por una conferencia de Aguilar Zinser en la Universidad Iberoamericana en la que habló de que México era [para los norteamericanos] el patio trasero.

²⁶ Véase *El Universal*, 12, 13 y 14 de enero del 2004. A pesar de lo anterior, el ejecutivo federal no caía en cuenta de su pérdida de credibilidad y confiabilidad, y una semana después de la reunión de Monterrey, se ofreció a mediar en el diferendo entre Bolivia y Chile, ofrecimiento que fue rechazado por este último. Véase *El Universal*, 19 de enero del 2004.

²³ Véase *Crónica*, 8 de mayo del 2003.

²⁴ Véase *Crónica*, 10 de mayo del 2003.

Latina”) que se sumó al caso Ahumada y a la expulsión de diplomáticos cubanos de México y el retiro de embajadores, sainete organizado por los secretarios Creel y Derbez, que rápidamente tuvieron que suspender ante el peligro de llevarse otra tunda como la recibida por el ‘comes y te vas’. La lista de desaciertos se completó con el fracaso de Derbez para ganar la Secretaría General de la Organización de Estados Americanos que demostró el aislamiento de México en Latinoamérica y la desconfianza de los Estados Unidos con respecto a la constancia y capacidad del Presidente y de su Secretario de Relaciones a los que no les han guardado muchas consideraciones después del caso de Irak.

La actividad del presidente Fox y de la casi totalidad de sus funcionarios ni siquiera puede calificarse en términos de haber seguido una buena política u otra equivocada, sino de desgobierno. Su actuación no cae en el ámbito de lo político sino en el del teatro de lo grotesco, a la manera del *Ubú rey* de Alfred Jarry. Esta deformación de la vida política y del quehacer gubernamental ha servido para echar por tierra muchos de los lugares comunes que durante las últimas décadas se habían acumulado, adquiriendo carácter de verdades indiscutibles, y que surgieron de los medios académicos, como fue el

caso de la necesidad de una política exterior ‘activa’.

El primer libro que planteó el asunto fue el de Mario Ojeda *Alcance y límites de la política exterior de México*²⁷ en el que sostiene que antes de 1970 no hubo propiamente una ‘política’ sino una ‘actitud’ ante el exterior de ‘relativa pasividad’. El punto de apoyo de la tesis fue el mensaje del II Informe de Gobierno del presidente Echeverría, en el que sostuvo que:

México no puede crecer en soledad. Nada de lo que ocurre fuera de nuestras fronteras nos es ajeno y es imposible el aislamiento en una época de creciente interdependencia... Es por ello necesario multiplicar contactos con el exterior, hacer de la diplomacia un medio más apto para la defensa de nuestros principios e intereses y salir al mundo para enfrentar los problemas que nos afectan.

Estas posiciones fueron tomadas muy en serio por Ojeda quien concluye: “Esta nueva posición doctrinaria vino a constituir un viraje profundo en la política exterior, en el sentido de que sacó al país de su secular aislamiento.” Como ejemplos ‘destacados’ menciona la Carta de los Derechos y Deberes Económicos de los Estados, el Sistema Económi-

²⁷ 1976, México, El Colegio de México.

co de América Latina y el “proyecto de Sistema de Desarrollo del Tercer Mundo. Es de dudar que alguien se acuerde de ellos.”²⁸

Este trabajo fue editado en 1976, el último año del gobierno echeverrista y le siguió *México, el surgimiento de una política exterior activa*, publicado por la SEP en 1986, en el que reitera algunos de los argumentos anteriores, subrayando que el hilo conductor es “el activismo de la política exterior entre 1970 y 1984”, por lo que “no se cubren otros aspectos importantes de la vida internacional de México (la relación con Estados Unidos, nada menos), que si bien constituyen la parte fundamental e *ineludible* de los contactos de México con el exterior, se dejan fuera en su mayor parte”. (p. 9) Esta afirmación resulta insólita en un académico, ya que anuncia el uso discrecional de la variable decisiva para juzgar el grado de validez de su tesis, puesto que el ‘activismo’ implicó en unos casos alejamiento de la política estadounidense y en otros abierta confrontación.

No es de extrañar, por consiguiente, que los trabajos de Ojeda revistan un carácter legitimador, al destacar las puestas en escena favorables a su argumentación, los párrafos oficiales de los discursos, y no abordar con profundidad las consecuencias y los

desenlaces manifiestos en las severas crisis económicas de final de sexenio de los presidentes Echeverría, López Portillo y De la Madrid, que obligaron al país a recurrir a los Estados Unidos para resolverlas, lo cual echó por tierra las pretensiones de desempeñar un papel independiente o destacado en el mundo.

Con estudios de posgrado en Harvard, Ojeda también fue víctima de la pretensión de hacer de los estudios internacionales una ciencia que escapara a la historia de las relaciones internacionales. Esta pretensión ha conducido a muchos investigadores a descubrir el hilo negro en el mejor de los casos y en la mayoría a incurrir en graves errores de apreciación y de juicio. En el caso de la política exterior, un simple vistazo a la historia de México en el siglo XIX hubiera permitido comprobar que las relaciones de liberales y conservadores con las grandes potencias fueron más activas y con mayores implicaciones internas que las de los gobiernos del siglo XX, incluyendo el período 1970-1984.

El conocimiento de la historia de las relaciones internacionales en la Europa decimonónica también hubiera permitido comprender que se vivía un mundo ‘multipolar’, en el lenguaje de hoy, que ofrecía mayores posibilidades de diversificación. Después de la Segunda guerra

²⁸ Mario Ojeda, *op. cit.*, p. 6, 184 y s.

mundial este margen se estrechó con el surgimiento del mundo bipolar, y qué decir del ‘unipolar’ que vivimos en este nuevo siglo.

Pareciera que Ojeda soslaya que conforme creció el poderío estadounidense disminuyeron las posibilidades mexicanas de seguir una política exterior activa que incluye, como uno de sus mayores componentes, la independencia de acción

frente a los Estados Unidos. Al no hacer explícito este requerimiento, no queda claro en que consistió ese ‘activismo’ que por momentos revisió actitudes propias de un acto voluntarioso de los presidentes citados que evaluaron mal, o simplemente no lo hicieron, la relación de fuerzas en el mundo. El fracaso del activismo foxista obliga a una revisión realista de la política exterior mexicana.